

La Escuela-milagro

=Traducción del folleto *The Miracle School*,
by Frank Tannenbaum. New York City.=

TODA la situación educacional de México es en extremo interesante, tal vez lo más interesante de México. A la cabeza del Departamento de Educación se halla el Sr. José Vasconcelos, cuya suma ambición es darle a México un sistema de escuela pública. Son tan numerosas las dificultades, escasean tanto el equipo material y el personal docente, que él está pronto a aceptar cualquier ayuda, venga de donde viniere. Se le atribuye el dicho de que si el diablo llegara a ofrecerle fundar una escuela que enseñe a leer y a escribir a los niños, le daría una cordial bienvenida. El problema de los *standars* (1), de los métodos, de los planes de estudio—todo eso que venga más tarde; la primera urgencia son las escuelas en que los niños aprendan a leer y a escribir.

Cierta día se allegó un hombre a la oficina del Sr. Vasconcelos y le dijo:

—Señor, deseo fundar una escuela.

—Adelante: estoy encantado, dijo el Sr. Vasconcelos.

—Deseo fundar una escuela en la Colonia de la Bolsa, dijo el hombre.

El Sr. Vasconcelos le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿En la Colonia de la Bolsa? Repitió el Sr. Vasconcelos con tono sorprendido.

—¿Sabe Ud. lo que es la Colonia de la Bolsa?

—Si, lo sé, interrumpió tranquilamente el visitante, el Sr. Oropeza.

El Sr. Vasconcelos sonrió y dijo:

—Le doy mis bendiciones. Váyase y establezca la escuela.

Todos saben que la Colonia de la Bolsa es el paraíso de los ladrones. No se quiere decir que el paraíso sea como la Colonia de la Bolsa. Es el asilo de los expulsados de la ciudad de México. En la Colonia de la Bolsa se congregan los patanes, vagabundos, ladrones, rateros, salteadores y mujeres de mala reputación. Allí no hay policía; primero, porque no estaría segura y segundo, porque el pueblo es tan pobre que nunca se roban los unos a los otros. El lugar no tiene calles. En el distrito jamás se recojen las basuras. No hay cañería y el Departamento Sanitario no sabe si existe o no la Colonia. Sé de personas que en la Colonia de la Bolsa



El maestro OROPEZA

tienen propiedades, pero que nunca van a recoger sus rentas. No estarían seguros, y la gente no tiene dinero. Jamás ha tenido el distrito una escuela. Se le ha dejado entregado justamente a su propio destino, y en el olvido, salvo a los niños delincuentes. La mitad de los de la ciudad de México de allí provienen.

Cierta día el Sr. Oropeza se apareció en el distrito. Un hombre común, de mediana estatura, moreno, de ojos pequeños y redondos; habla en voz tan baja que más parece cuchicheo; más bien retraído, tímido, modesto; delgado, algo encorvado, no llama la atención de nadie. Se fué a vivir a una de las casas del distrito y dos meses tardó enterándose de los alrededores y de sus nuevos conocidos.

Un domingo por la mañana sorprendió a sus vecinos presentándose por las calles con un carretillo de libros. Llamó a la primera puerta. El dueño de la casa salió y el Sr. Oropeza dijo:

—Buenos días. ¿Qué le gustaría leer hoy?

Todos en México son corteses, hasta los ladrones son finos. El hombre le cogió el sombrero, hizo una reverencia y dijo:

—Buenos días, señor.

Luego, no sabiendo qué hacer, llamó a su esposa, y ésta a los niños. Ofrecer algo y no aceptarlo está fuera de las reglas de moral, y así, después de mucho discutir y examinar, escogieron un libro, y el Sr. Oropeza les dijo que el domingo próximo vendría por él y les traería otro. Y se fué de puerta en puerta, hasta que los libros se le acabaron. Volvió al do-

mingo siguiente con más libros y halló que algunos de los hombres los habían envuelto en periódicos para que no se ensuciaran. Otros los habían forrado y hasta algunos que no sabían leer, buscaron a un andrajoso mendigo que les leyera, pagándole por contribución personal de algunos centavos.

Siguió así el Sr. Oropeza nueve meses. Fundó una biblioteca de setecientos volúmenes. Nunca perdió un libro. A buena mañana lo esperaba la gente en las gradas de la casa. Venían los niños y le ayudaban a tirar del carretillo. Se volvió el amigo y confidente del vecindario. Los niños lo saludaban sombrero en mano. Una clara mañana uno de los viejos del vecindario vino y le dijo:



El Comisario de Agricultura hablando a una asamblea de agricultores mexicanos

(1) Normas a qué atenerse.